

Diocleciano pasó ocho años en Salona, respetado de todos los que le debían su fortuna. Una inscripción de 305 le da el título de Padre de los emperadores. Cuando asistieron en Roma á la inauguración de sus termas, pusieron su nombre al colosal edificio, y acuñaron monedas en que se le llama el mayor de los Augustos: *Augustus senior*.

Galerio le consultó sobre la elevación de Licinio, y en 310 celebraba Eumenes, ante Constantino, al gran príncipe rodeado de la veneración de los nuevos señores del mundo. Pero vió desencadenarse de nuevo las ambiciones que había contenido; sucederse las guerras civiles y los asesinatos de emperadores; obtener el cristianismo un reconocimiento legal, y despojar de sus bienes y confinar á un lugar de destierro á la emperatriz Prisca su esposa y á Valeria su hija, viuda de Galerio (1).

Estos dolores que afligían en él al príncipe, al esposo y al padre no bastaron al odio de los cristianos, que lo representaban abrumado de ultrajes y temblando por su vida. Constantino hizo derribar sus estatuas y borrar su nombre de los monumentos públicos (2) escribiéndole á la vez cartas amenazadoras (3); Maximino no contesta, cuando Diocleciano pide con humildes mensajes que le sea devuelta su hija, y los últimos días de aquel poderoso monarca son tan tristes que se envenena ó se deja morir



Diocleciano, el mas anciano de los Augustos.

de hambre. La lengua, corroída de gusanos, se le había podrido en la boca y la vomitó al expirar. Para los cristianos, la eterna condenación del perseguidor debía comenzar desde esta vida. Puesto que no le habían dado muerte, era preciso que se la diera él á sí mismo. Así se haría justicia.

El cuadro es dramático y la leyenda que consagra vive todavía; pero Eusebio, contemporáneo y enemigo, y Eu-

cerca de la vivienda; pero Diocleciano acaso tuviera el propósito de poner el suyo al amparo de las defensas de su palacio. Lanza pone el sepulcro en el templo de Esculapio.

(1) A principios de 315 las dos emperatrices, madre é hija, fueron decapitadas por orden de Licinio, el cual hizo arrojar sus cuerpos á la mar. Un hijo de Galerio, Candidiano, á quien Valeria había educado con la mayor solicitud, fué también condenado á muerte.

(2) *Statuae revellebantur* (Lactancio, 42). Constantino, dice este autor, hizo destruir las pinturas en que los dos Augustos figuraban juntos, derribar sus imágenes y picar las inscripciones que les eran comunes. Esta proscripción póstuma se dirigía á Maximiano, á quien Constantino había hecho dar muerte. En cuanto á la mutilación de las inscripciones particulares de Diocleciano (L. Renier, *Inscrip. de Argel*, 108; C. I. L. t. II, 1439, y Wilmanns, 769 a, 1060), hay que atribuirlo á un acto de cólera de los cristianos vengándose de su perseguidor y no á la ejecución de una orden del gobierno.

(3) Constantino había querido obligarlo á asistir á la conferencia de Milán en 313, y á la negativa del anciano, le hubo de escribir una

carta que lo decidió á quitarse la vida. El senado lo habría condenado á muerte, etc., etc.

(4) *Cod. Teod.* XIII, 10, 2; edicto de las calendas de junio de 313. No dándose en él á Diocleciano el título de *divus*, vivía aún en esta fecha. Puede deducirse de las palabras de Lactancio (*de Morte pers.* 35-45) que murió antes que Maximino (julio, 313) y por consiguiente pocos días después del edicto, á fines de mayo.

(5) En tiempo de los emperadores cristianos se conservó la palabra *divus* para designar al emperador muerto. El reinado de Diocleciano ha dado lugar á muchas controversias que el carácter de este libro no permite reproducir; pero pueden encontrarse en varias obras especiales, excelentes algunas, como Hunzicker, *Untersuch. zur rom. Kaisergesch.*; Preuss, *Kaiser Diocletian*; Casagrandi, *Dioclesiano*; Mason, *the Persecution of Diocletian*; Burckhardt, *die Zeit Constantins des Grossen*, etc., etc.

(6) Amiano Marcelino refiere (XVI, 8) que en el reinado de Constantino cierto Dano fué acusado de crimen de lesa majestad por haber hurtado del sepulcro de Diocleciano un velo ó manto de púrpura, *velamen purpureum*.

carta que lo decidió á quitarse la vida. El senado lo habría condenado á muerte, etc., etc.

(1) Flavio Valerio Aurelio Constantino nació en 273 ó 274. Todos sus sucesores en el cuarto siglo, excepto Máximo, tomaron su gentilicio Flavio. V. *Tituli domus imperatoria* de Wilmanns.

(2) Se le obligó á matar en combate singular á un guerrero sármata y á un monstruoso león. Este león es sin duda pariente del de

trópico indiferente, no saben nada de estos lúgubres horrores: el uno lo supone envejecido en un reposo honorable, y el otro no habla más que de una larga enfermedad, que al fin lo llevó al sepulcro.

En una constitución escrita pocos días antes de la muerte de Diocleciano, todavía lo llama Constantino: «Nuestro señor y nuestro padre (4);» y permitió, en fin, que el senado le decretara la apoteosis, bien que en Salona el antiguo emperador no fuera más que un particular. Conservadores de la religión del Estado, los senadores de Roma se complacieron en protestar contra el triunfo de los cristianos, haciendo subir al cielo á su perseguidor. Pero semejante acto no podía realizarse sin el consentimiento del emperador, y por consiguiente Diocleciano fué hecho dios con beneplácito de Constantino (5): en la tierra no faltaron honores á su memoria: su sepulcro estuvo siempre cubierto con un manto imperial (6).

El vencedor de Accio había dado al imperio su primera forma: el poder absoluto, disimulado bajo apariencias republicanas, es decir con instituciones liberales de ciudades y provincias. Diocleciano acometió la empresa de suprimir los últimos restos del principado de los Césares, con el propósito de constituir una monarquía sabiamente organizada, cuyos agentes estuvieran presentes en todas partes.

No habiéndose podido realizar la unión de abajo arriba por medio de instituciones libres, se haría por el procedimiento contrario, ó sea de arriba abajo, con lazos administrativos que envolvieran todo el imperio y que tuvieron casi una mitad en pie por espacio de diez siglos.

Ya hemos visto cuántos materiales antiguos se emplearon en la construcción de este nuevo edificio. Siempre sucede lo mismo. En política los innovadores afortunados son más bien los que organizan que los que inventan, porque el presente, para tener solidez y consistencia, debe al principio apoyarse en el pasado.

## DECIMOCUARTO PERIODO

### EL IMPERIO CRISTIANO. CONSTANTINO, TEODOSIO (306-395)

#### CAPITULO OI

##### CONSTANTINO, MAJENCIO Y LICINIO (306-324)

###### I. — SEIS EMPERADORES Á LA VEZ

Mientras Diocleciano se encaminaba á las costas de Dalmacia, los cuatro nuevos señores del imperio, los dos Augustos Constancio y Galerio, y los dos Césares Severo y Maximino, tomaban posesión del poder en las condiciones impuestas á cada uno de ellos por el fundador de la tetrarquía. El sistema subsistía pues. ¡Vana apariencia! Para que fuera duradero habría sido menester que hubiera en el gobierno un hombre, cuya autoridad superior hubiera sido respetuosamente aceptada y que por su firmeza hubiera podido mantener á cada uno en su puesto. ¿Qué príncipe va á reemplazar al solitario de Salona? ¿Será Constancio Cloro? Es el primero de los Augustos; pero no está por ejercer derechos, que serían una fatiga para su débil carácter, y permanece en Tréveris en lugar de ir á Milán ó á Roma, centro del imperio que abandona á Severo. ¿Qué le importa el imperio á quien tiene ya un pie en el sepulcro, adonde descenderá algunos meses después?

¿Será Galerio? Vale más que su reputación; es activo, hábil en las cosas de la guerra, y sus doce años de mando le dan autoridad. Confiando en sus talentos militares, le ha dado Diocleciano la mayor parte en la división del imperio. Maximino solamente ha obtenido el Egipto y la Siria, Severo sólo Italia y Africa; de modo que desde el Tauro hasta los Alpes, Galerio manda en las provincias más ricas, en los pueblos más belicosos, y por lo mismo tendrá más oro y más soldados que sus colegas. Sin duda ninguna, á él estaba confiado el alto cargo de conservar el equilibrio, que no podía mantenerse sino á fuerza de vigilancia y prudencia. Pero su vista es corta: tendrá arrebatos en lugar de la previsión que descubre el peligro y de la firmeza que lo conjura; no sabrá frustrar la ambición de Constantino que Diocleciano había adivinado y contenido, ni la de Majencio á quien había tenido que reprimir su padre obligado por Augusto, y dos revoluciones de cuartel van á renovar todas las calamidades del Estado.

Diocleciano había dejado en el palacio de Nicomedia al hijo de Constancio, mozo de treinta y un años (1), diestro en todos los ejercicios, bravo y de gallarda presencia (2). A estas dotes corporales añadía un espíritu penetrante y astuto, sin cosa de escrúpulos para las mentiras útiles y aun para los asesinatos necesarios á su ver, así fuera el de

un niño; pero también una viva inteligencia de los medios más adecuados para servir su ambición, el talento de emplearlos bien y esa voluntad enérgica que neutraliza las influencias contrarias. General de combinaciones rápidas, conservará en el gobierno la prudente reserva que le enseñaran doce años pasados en rehenes en una corte asiática.

Este hijo de un Augusto no había tenido más que los honores del tribunado militar, y ahora mientras su padre reinaba en todo el Occidente, era el huésped sospechoso del secreto enemigo de Constancio. Su padre lo llamaba á su lado con cartas cada día más apremiantes. Diocleciano las había recibido también y no había contestado por no despertar esperanzas de interés hereditario, absolutamente opuestas á su sistema electivo y á la idea que los romanos habían formado de sus magistraturas republicanas, y hasta de la función imperial á la que había dado siempre una apariencia de elección.

Galerio, menos prudente, cedió á las obsesiones de Constantino; autorizó su partida y le hizo librar el documento necesario para que se sirviera de la posta pública.

Esta vez también refiere Lactancio lo que había visto, ó á lo menos lo que había creído ver, en el alma de Galerio: su pesar de haber cedido, su resolución de revocar el día siguiente la autorización concedida para enviar á Severo la orden de detener al fugitivo á su paso por los Alpes.

«Era al caer de la tarde, dice; Galerio recomendó á Constantino, al entregarle el documento, que no partiera hasta el día siguiente, después de recibir sus últimas órdenes, esperando encontrar entretanto un medio de impedir el viaje ó de prevenir á Severo. Pero cuando después de cenar se adormeció, se evadió sutilmente Constantino, y temiendo que se le persiguiera, hubo de llevarse consigo todos los caballos de la primera estación de las postas imperiales. Galerio estuvo durmiendo hasta el medio día siguiente. Llamó entonces á Constantino, y sabiendo que había partido, ordenó que se despacharan correos á toda prisa para alcanzarlo y detenerlo; pero Constantino estaba ya bien lejos, y en las cuadras de las estaciones no se encontraba un caballo: el emperador no pudo reprimir las lágrimas.»

Lactancio era muy dado á estos cuadros, que pertenecían á las recetas de la escuela. Pero las lágrimas de Galerio me parecen sospechosas. No creo en esa fuga, que era tan fácil impedir, ni en esa esperanza de que Severo cerra-

(1) Pepino el Breve. La leyenda tendía á mostrar en Constantino un héroe invencible, y en Galerio un abominable tirano, que había expuesto al hijo de su colega á todos los peligros para desembarazarse de él. *In insidiis saepe juvenem appetiverat... feris illum objecerat* (Lact. *de Morte pers.* 24).

(2) Se le obligó á matar en combate singular á un guerrero sármata y á un monstruoso león. Este león es sin duda pariente del de



ra los pasos de los Alpes cuando Galerio no cerraba las puertas de Nicomedia. ¡Y qué sueño tan pesado aquella noche que hubiera debido ser de inquietud y de insomnio! Pero el retórico necesitaba estas quince ó veinte horas para poner á Constantino fuera de alcance y esta dramática narración para asegurar á su héroe el favor que se granjea siempre el prisionero que rompe valerosamente sus hierros. La historia de Constantino se roza así con la leyenda por mil puntos, porque era menester transfigurar al príncipe por quien triunfó el cristianismo. Lactancio no vió que haciendo de Constantino un insurgente, ponía á su cargo las consecuencias de esa usurpación. El noble, pero impracticable sistema de Diocleciano, iba á perecer, la guerra civil á encenderse de nuevo, con ella los degüellos y ruinas, y para el imperio una anarquía de diez y ocho años.

La elocuencia de aquel tiempo se avenía tan mal con la verdad, que otro retórico, éste ya pagano, dice de este viaje: «No son los caballos de la posta pública los que han traído á Constantino de los extremos del mundo, sino un carro celestial tirado por corceles divinos.»

Constantino se reunió con su padre en Boloña y partió con él á Bretaña. «No iba, dice Eumenes, á buscar trofeos de victoria á la isla sagrada, más inmediata al cielo que los países en medio de los continentes; había oído voces divinas que lo llamaban á los extremos del mundo. Antes de tomar asiento entre las potestades del cielo, quería contemplar al padre de los dioses, al Océano, y ver en sus regiones un día casi sin noche.»

El Augusto de las provincias occidentales no tenía la caliente imaginación del retórico, y en vez de una peregrinación á las islas Afortunadas, había preparado para su hijo una expedición que permitiera á Constantino darse á conocer á las tropas, y fáciles éxitos sirvieron de pretexto á gratificaciones con que acabó de granjearse el corazón de los soldados.

Cuando algunos días después murió Constancio, en la ciudad de *Eboracum* (25 julio 306), las legiones proclamaron á su hijo emperador (1). Eroc, rey de los alamanos, que había seguido á Constancio con un cuerpo auxiliar, se distinguió por su ardiente celo en favor del nuevo príncipe.

Tomando el título de Augusto, había ido Constantino demasiado aprisa y demasiado lejos. Desde el momento en que Galerio había autorizado su partida, había visto sin duda y de antemano aceptado las inevitables consecuencias que la mala salud de Constancio Cloro hacía prever. Era de temer que al abrirse esta gran sucesión, algún ambicioso arrastrara las legiones de aquellas lejanas provincias, como veinte años antes había hecho Carausio. Para estar en disposición de desbaratar toda tentativa de usurpación, fué enviado Constantino á su padre con promesas, pero sin título imperial, á fin de no violar la constitución,

(1) El senado de Roma puso á Constancio en el número de los *divi*: *Divo Constantio Aug.* (Eckhel, t. VIII, p. 32). Eumenes (*Pan. vet.* VII, 8) y Eusebio (*Hist. eccl.* VIII, 13) hablan de esta consagración. Los hijos que había tenido de su segunda mujer, Teodora, no habían salido aún de la niñez: el mayor apenas tenía trece años. Preparando el advenimiento de Constantino, el Augusto de las Galias había esperado salvar la fortuna de su casa y dar un defensor á sus demás hermanos, que no se hallaban en estado de defenderse por sí mismos. Constancio había promulgado una ley importante por sus resultados, declarando que las donaciones no podían ser válidas, si no estaban inscritas en la curia, *si actis inserta non essent*. Los testamentos fueron igualmente inscritos. En 307, Honorio habla de esta costumbre como de un antiguo uso (*Cod.* VI, 23, 18, y *Cod. Teod.* III, 5, 1). La curia vino á ser así en el orden civil una oficina de registro y por eso sobrevivió á la invasión. En Grecia, los contratos de venta se registraban en la oficina de los juramentos.

pues no había aún lugar entre los emperadores. Pero Constantino, en vez de esperar su elevación al rango de César por la vía legal, precipitó un tumulto de soldados, los cuales, gozosos de volver al lucrativo oficio de hacer y deshacer emperadores, no le regatearon la dignidad que les había pedido. Según costumbre, Constantino envió á los emperadores su imagen coronada de laurel, y dió cuenta de los acontecimientos á Galerio en cartas modestas en que deploraba la impaciencia de los soldados, que no le habían permitido esperar que sus derechos fueran reconocidos por el jefe del imperio. Lactancio asegura que Galerio quiso echar al fuego la imagen, la carta y hasta al mensajero. Se calmó, sin embargo, y aceptó la excusa; pero no concedió al elegido por las legiones bretonas, más que el título de César y el cuarto lugar entre los príncipes. Severo ascendió al segundo con el título de Augusto y Maximino quedó en el tercero como primer César.

Constantino probó que sabía mitigar la audacia con la prudencia, aceptando la condición á que se le sometía. Por lo demás, se hubiera declarado rebelde conservando el título que los soldados le habían dado, y desde los primeros días hubiera atraído sobre sí las fuerzas de los otros tres príncipes, como sucedió á Majencio un año después.

La tetarquía un momento quebrantada parecía fortalecida de nuevo. Pero ¿por qué el hijo de Maximiano, el yerno de Galerio, había de ser más desinteresado que el hijo de Constancio? Después de la abdicación de su padre, se había retirado Majencio á una villa en los alrededores de Roma. Sordos enojos fermentaban en la ciudad eterna; el senado sin carácter político, los pretorianos sin importancia militar y el pueblo sin diversiones ni donativos odiaban á unos emperadores que vivían lejos de ellos. Sobre esto, vino una circunstancia á aumentar la irritación. Ordenó Galerio un nuevo empadronamiento, especie de revisión del catastro, que debía hacer más igual la carga del impuesto, porque daba el medio de hacer entrar en la clase de los contribuyentes á los que habían salido de ella, como la plebe urbana exceptuada de la capitación en otro tiempo, ó los que no habían ingresado en ella, como los italianos exentos del impuesto territorial hacía quinientos años. Diocleciano había suprimido este privilegio: acaso para la ejecución de este decreto prescribió Galerio el empadronamiento de personas y bienes, no sólo en Italia sino en todo el imperio (2) y en la misma Roma.

¡Qué vergüenza! ¡La señora del mundo reducida á la condición de una ciudad estipendiaria! El tumulto estalló luego contra aquel dacio insolente que se atrevía á someter al tributo á los herederos de Augusto y de Trajano. Pueblo y pretorianos se unen en causa común sellando su alianza con la sangre del prefecto de la ciudad, Abelio.

Pero se necesita un jefe, y Majencio, cuya mano y cuyo oro habían mediado en la intriga y movido el tumulto, fué proclamado emperador el 28 de octubre de 306. Majencio llama á su lado á su padre, y Maximiano, menos prudente que Diocleciano, abandona al punto su retiro: á las aclamaciones del senado y del pueblo, entrégale la púrpura y Roma tiene seis emperadores. Este número iba á reducirse muy pronto, pues provenía de una rebelión que alteraba el orden establecido en detrimento de los príncipes legítimos.

Severo era un ilirio, soldado de fortuna, como todos los

(2) Lactancio (*de Morte pers.* 23) describe con ridículo espanto la operación de los censitores, que era muy sencilla, habitual y en interés de todos los contribuyentes y gobiernos, salvo la plebe urbana á la cual retiró Galerio la exención de la capitación concedida por Diocleciano.

emperadores, de cuarenta años á la fecha, pero inepto para cargo tan peligroso, al cual no debiera haber subido, puesto que no supo defenderlo. Tampoco había tenido el tiempo suficiente para granjearse la confianza de las tropas é imponerles la fidelidad.

Galerio le dió el encargo de ir á Roma á derribar al usurpador. Penetrando temerariamente en la estrecha península sin haber preparado una reserva para recibirlo en el caso de una derrota, llegó á vista de la vieja capital con tropas ya ganadas por el ascendiente del general que las

ador asesinado. Su hijo Severiano fué también inmolado algunos años después. Las inmolaciones de príncipes, que sin interrupción van á seguirse durante medio siglo, hacen apreciar, por su contraste, la tranquila grandeza del reinado de Diocleciano.

Majencio era dueño de Italia; pero Galerio se preparaba á vengar á Severo y á derribar al esposo de su hija. ¿Qué conducta iba á seguir el soberano de las Galias? Maximiano fué á preguntárselo á Constantino; pasó los Alpes y tuvo con él una entrevista, en que le prometió estrecha alianza, la mano de su hija, la hermosa Fausta, y el título de Augusto.

Constantino aceptó el título y el casamiento, que se celebró en Arles «la Roma gálica (2),» con la mayor magnificencia, y en cambio prometió su amistad. Estaba decidido á no dar más y á esperar los acontecimientos. Estos se precipitaban: Galerio entró en Italia con las legiones ilirias y llegó sin resistencia hasta Narnia, á sesenta millas de Roma. A su aproximación, las ciudades cerraban sus puertas, las poblaciones huían á las montañas, con lo cual no poseía Galerio en todo el país más que el espacio ocupado por su campamento.

Para Italia, Majencio era el soberano nacional, mientras el Augusto de las provincias orientales aparecía como un extranjero, como un enemigo.

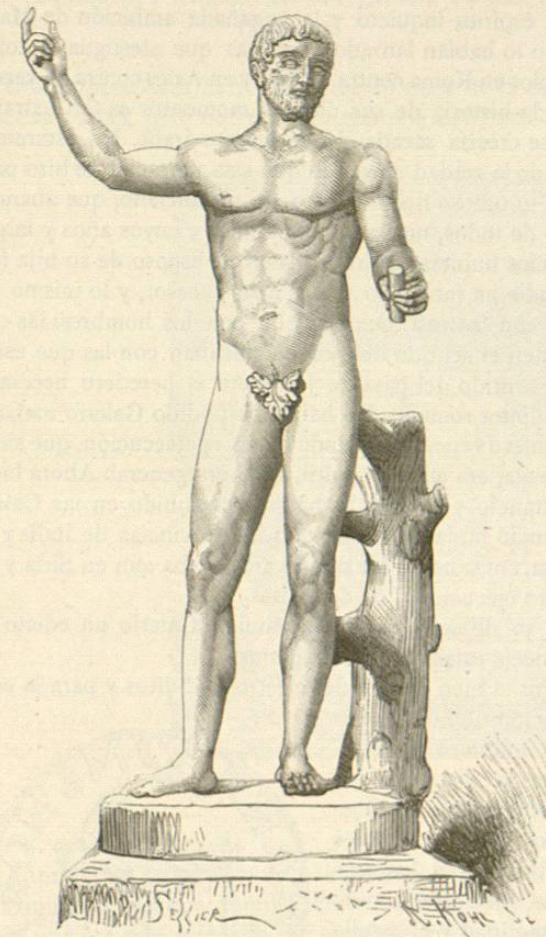
Avanzar en medio de la desafección general hasta aquella Roma fortificada por Aureliano con una sólida muralla que la preservaba de un golpe de mano, era una temeridad cuyo peligro reconocía el viejo soldado. No tenía nada para emprender un sitio en regla, ni máquinas, ni víveres, y él también se preguntaba qué iba á hacer Constantino. Un ejército galo, que descendiera de los Alpes, podía cerrarlo en la península, por lo cual no se atrevió á ir más lejos, y después de una vana tentativa de negociaciones, volvió á la Iliria, devastando la Italia, como hubiera podido hacerlo un caudillo bárbaro.

He aquí pues al imperio sumido otra vez en extrema anarquía. Para salir de este violento estado, recurrió Galerio á la prudencia de Diocleciano. Invitóle á una cita en la plaza fuerte de *Carnutum*, adonde algún amago de los germanos había llamado sin duda á las legiones. Expulsado de Roma Maximiano por su hijo, á quien había querido desposeer sublevando contra él á los pretorianos, acudió á la cita de los emperadores, y un antiguo compañero de armas de Galerio, como él hijo de un campesino, pero descendiente, según se decía, del emperador Filipo, Licinio, se encontraba allí ya.

Nada se sabe de aquel gran consejo. ¿Sería temerario atribuir á Diocleciano la doble idea de aceptar los hechos consumados, dejando sus provincias al usurpador, y sin embargo, protestar contra la usurpación, dando á Licinio el título de Augusto, con el gobierno de la Iliria, y la segunda jerarquía en el imperio? (11 noviembre 307) (3).

(2) Ausonio, *Clar. Urb.* VII. Estaban ya prometidos con el consentimiento de Constancio, si se cree un pasaje de Juliano (*Disc.* I, 6). Un panegirista refiere que, en un cuadro expuesto en el palacio de Aquilea, Fausta, *puella divino decore venerabilis*, estaba representada en actitud de ofrecer al joven Constantino un casco de oro resplandeciente de diamantes (*Pan. vet.* VI, 6). Diocleciano se opuso á este matrimonio, que habría hecho nacer peligrosas esperanzas. Cuando se consumó, en 307, vino á ser Constantino cuñado de su madrastra, como quiera que su padre se había casado con la hija mayor de Maximiano. Ya había tenido de una concubina, llamada Minervina, un hijo, Crispo (*Zósimo*, II, 20). Constantino debió de tomar el título de Augusto el 31 de marzo de 307.

(3) Hemos visto que Galerio no había reconocido á Constantino más que el título de César. El edicto de 311, en el texto de Eusebio



El emperador Maximiano (1)

había mandado tanto tiempo. La defección comenzó por un cuerpo de mauritanos, que Maximiano había traído de Africa en otro tiempo; el prefecto del pretorio, Anulino, arrastró á los demás, y Severo huyó casi solo á Rávena, donde muy luego fué cercado.

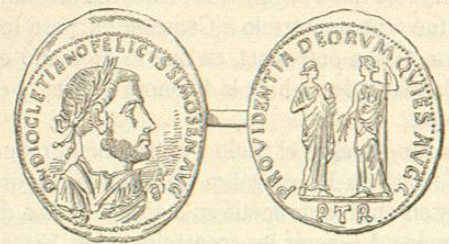
La plaza era fuerte y con la flota del Adriático Severo era dueño del mar y por consiguiente estaba en aptitud de salir á recibir los refuerzos que Galerio debía enviarle. Pero con el ánimo turbado por este súbito trastorno de su fortuna, se creyó rodeado de traidores, y dando oídos á las astutas proposiciones de Maximiano, él mismo fué á devolverle la púrpura que había recibido de sus manos dos años antes (febrero ó marzo 307).

Esperaba ser honrosamente tratado; pero conducido preso á Roma, fué encerrado en una quinta de la vía Apia (*Tres Taberna*), donde muy luego recibió el orden de librar á sus vencedores de esta última inquietud. Se le dejó la elección de la muerte y el infeliz se hizo abrir las venas y fué á reunirse en el sepulcro de Galieno con otro empe-

1) Estatua colosal de mármol griego (Palacio Odescalchi).



El César de Egipto y de Siria, Maximino, se irritó en gran manera viendo que le pasaba delante un hombre que no era César, ni estaba siquiera emparentado con la familia imperial, y á principios de 308 se hizo proclamar Augusto por sus tropas, á pesar de la viva oposición de Galerio, que obligado á dejar este título á su sobrino, no pudo negárselo á Constantino.



Moneda de Diocleciano acuñada después de su abdicación.

Hubo entonces cuatro Augustos legalmente reconocidos en todo el imperio; el quinto, Majencio, lo era sólo de Italia, y el sexto, Maximiano, paseaba su púrpura y su inquietud por aquí y por allá, sin tesoro, sin ejército ni provincias. Para adquirir todo lo que le faltaba, conspiró contra su yerno, hizo correr la noticia de su muerte en una expedición contra los francos, y apoderándose del tesoro del ejército, que había quedado en Arles, sublevó las tropas de la Narbonense.

A esta nueva, acudió Constantino apresuradamente, presentóse á sus soldados, que vuelven á él, y Maximiano, refugiado en Marsella, le es entregado (308). Privado de los honores imperiales é impaciente en una existencia modesta, hubo de vivir algún tiempo al lado de su yerno. ¿Dejó entrever un sordo enojo de que Constantino se libró con una ejecución, ó hay que aceptar la trágica historia que refiere Lactancio, á quien al parecer nada se ocultaba, que veía en las sombras y oía las palabras susurradas al oído de los príncipes?

He aquí esa narración: Maximiano trama nuevas maquinaciones: en una secreta entrevista con su hija, procura con ruegos y halagos arrastrarla á hacer traición á su esposo, prometiéndole otro más digno de ella, y sólo le exige que deje abierta la puerta de la cámara en que duerme el emperador después de retirados los guardias.

Fausta se lo refiere todo á Constantino, el cual adivina un proyecto de asesinato, y para sorprender al culpable en el hecho, ordena que un eunuco vaya á dormir al lecho imperial. A eso de media noche, se levanta Maximiano y se desliza en las sombras. Todo parece propicio á su designio. Los guardias son pocos ó apostados muy lejos, y cuando encuentra alguno manos á boca, pretexto que acaba de

(Hist. eccl. VIII, 17), da la segunda jerarquía á Constantino, sin que en él se nombren á Maximino ni á Majencio: esta parte del texto está pues arreglada para atribuir la preeminencia á Constantino sobre Licinio. Lactancio pretende que el senado dió en 312 el primer lugar á Constantino. Es posible que, después de su primera victoria sobre Majencio, hiciera redactar Constantino un senadoconsulto en este sentido. Por sí mismo, el senado no podía hacer ni hacer nada; pero era fácil á un victorioso poner momentáneamente esta vieja máquina otra vez en movimiento, y en la transcripción del edicto de 311 habría seguido Eusebio el orden más favorable á su héroe. En cuanto á la pretensión de Maximino y Majencio, Tillemont (Hist. de los emp. t. IV, p. 116) supone una omisión de los copistas. Es más probable que reproduciendo el edicto de tolerancia, que Lactancio declara hecho en nombre de todos los príncipes, *communi titulo*, no hubiera querido Eusebio incluir el nombre del príncipe que seis meses después lo violaba ni el del vencedor del puente Milvio. Los documentos oficiales no eran entonces escrupulosamente transcritos.

tener en sueños una revelación importante que ha de comunicar á su hijo y pasa adelante. Entra en la cámara imperial, da de puñaladas al eunuco, y muy glorioso de su crimen, *gloriabundus*, sale gritando: «¡El emperador ha muerto!»

Pero en esto aparece Constantino con gente armada, y muestra el cadáver y al asesino, que se queda mudo y confundido. Dale la elección de la muerte y el viejo emperador acaba al extremo de una cuerda.

.....*Noñum infornis leti trabe nectit ab alta.*

El espíritu inquieto y la engañada ambición de Maximiano lo habían lanzado á intrigas que atestiguan el doble complot en Roma contra su hijo y en Arles contra su yerno. Pero la historia de sus últimos momentos es tan extraña, que se creería sacada de un cuento árabe. No estaremos lejos de la verdad creyendo que esta narración se hizo para velar lo odioso del asesinato de un anciano, que abandonado de todos, no era ya de temer, y cuyos años y largos servicios hubiera debido respetar el esposo de su hija (1).

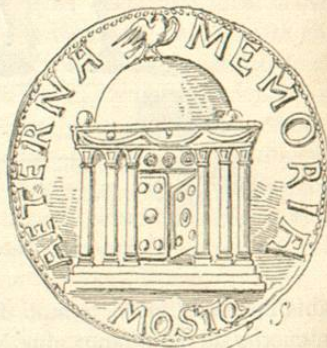
Nadie ha inmolado nunca á su sucesor, y lo mismo sucede con las instituciones que con los hombres: las que están en el sentido del porvenir acaban con las que están en el sentido del pasado: Jesús era el heredero necesario del Júpiter romano. No habiendo podido Galerio matarlo, se confesó vencido haciendo cesar la persecución, que siempre mala, era además inútil, si no era general. Ahora bien, Constancio y su hijo la habían prohibido en las Galias; Majencio no la continuaba en las provincias de Italia y de Africa; únicamente Maximino autorizaba aun en Siria y en Egipto ejecuciones de cristianos.

El 30 de abril de 311 promulgó Galerio un edicto en que decía estas notables palabras:

«Por el bien común de nuestros súbditos y para la conservación de nuestro imperio hubimos de restablecer la disciplina de nuestros mayores. Queríamos atraer á mejores sentimientos á los cristianos, que habían tenido la temeridad y el orgullo de oponerse á las prácticas establecidas... Han estado expuestos á grandes peligros y muchos perecieron. Mas puesto que persisten en su locura, nuestra benevolencia con todos nuestros súbditos nos lleva á permitirles que celebren sus asambleas ordinarias. Esta indulgencia los obligará á rogar á su Dios por nosotros.»

Era el fin de la era de los mártires. Pero la bestia feroz que la humanidad lleva en su seno no murió con los dioses

(1) Eusebio en su *Vida de Constantino* evita recordar este asesinato, y en su *Historia eclesiástica* se limita á decir que, según una profecía, Maximiano se estranguló. Eumenes (Pan. vet. VII, 20) habla también de un suicidio. Tal era la versión oficial... *nec se álgnum vita iudicavit, cum per te liceret ut viveret*. Aur. Víctor (Caes. 40) dice: *iure interierat*, y el autor del *Eplome* (40), que Constantino lo mandó estrangular, *fractis laqueo cervicibus*. Mientras Majencio vivió, tuvo interés Constantino en hacer creer el suicidio de Maximiano, lo que permitió la apoteosis de este triste personaje, á quien una inscripción (*Bull. epigr. de la Gaule*, t. I, p. 108) y algunas monedas (Eckhel, VIII, 27) dan el título de *divus*. Después de la batalla del puente Milvio, mandó derribar sus monumentos y borrar su nombre de las columnas miliarias. El *Eplome* no le da más que 60 años.



Tumba de Maximiano en una moneda de Majencio

que se defendieron tan cruelmente: los perseguidos de ayer serán un día los perseguidores, y los odios religiosos derramarán mil veces más sangre que la que hasta entonces se había derramado.

Un mes más tarde, atacado Galerio de una enfermedad horrible, que Lactancio y Eusebio describen con fruición, murió en Nicomedia antes de haber llegado á su vigésimo año de imperio, que fiel á la constitución de Diocleciano quería señalar con su abdicación.

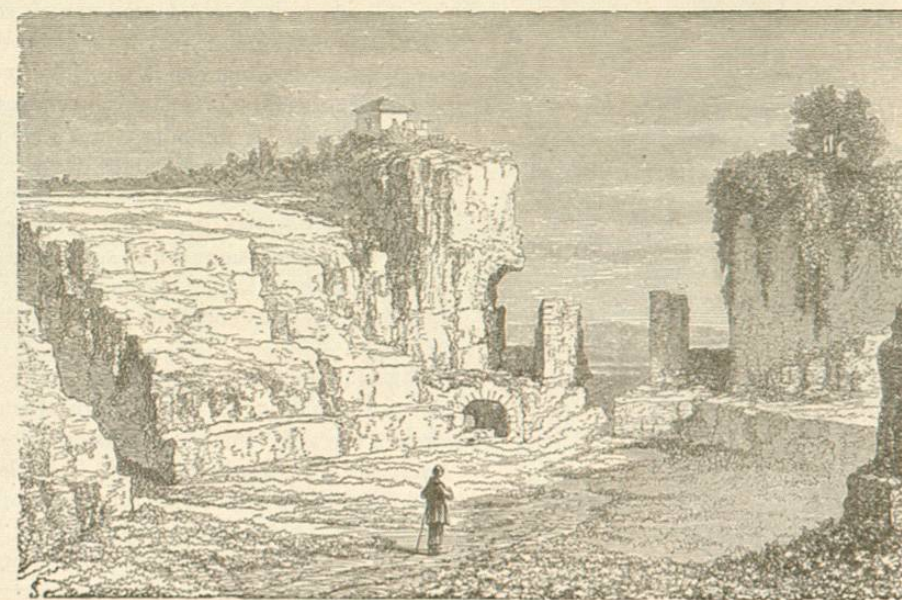
## II. — DERROTA Y MUERTE DE MAJENCIO Y DE MAXIMINO (311-313)

Dos emperadores han desaparecido pues de la escena: quedan cuatro, pero no es ya la tetrarquía de Diocleciano,

pues todos llevan el título de Augustos y no hay entre ellos ninguna subordinación. El imperio está desmembrado en cuatro reinos enemigos, en cinco, más exactamente, como quiera que el vicario de la diócesis de Africa, Alejandro, ha sido proclamado también Augusto por la soldadesca y reconocido por las ciudades de esta diócesis que no habían querido recibir las imágenes de Majencio (308). Como los bárbaros no han vuelto aún del saludable espanto que les causara Diocleciano, los nuevos príncipes pueden volver sus fuerzas contra sí mismos, y por espacio de doce años, la guerra civil va á ensangrentar las provincias.



El usurpador Alejandro (Moneda de bronce).



Ruinas del anfiteatro de Tréveris.

Al principio estuvo á punto de estallar entre Licinio y Maximino Daza con motivo de la sucesión de Galerio. Pero un convenio aceptado por el primero dejó al segundo toda el Asia: el Bósforo separó los dos imperios. Pero muy luego, la guerra evitada en Oriente, estalló en el Occidente.

Fatigada de la paz la juventud franca se había arrojado sobre la Galia. Constantino batió fácilmente á estos aventureros, y arrojó á las fieras en el anfiteatro de Tréveris sus prisioneros, con sus dos reyes, Astarico y Gaiso.

Esta ejecución suscitó la formación de una liga de numerosas tribus francas y alamanas; pero un impetuoso ataque de los romanos rompió este frágil vínculo. Todos los cantones de los bructeros fueron entregados á la devastación, quemados sus villajos, cogidos sus ganados, vendidos ó arrojados á las fieras sus cautivos; crueldades que no parecen propias de un neófito, el cual por este camino, menos se acercaba á la Iglesia que á los juegos *Francicos*, juegos enteramente paganos que instituyó Constantino en memoria de tales triunfos y que se celebraron por mucho tiempo. Reorganizada la flotilla del Rin y construido sobre el mismo río un puente fijo, Constantino hacía entender á los bárbaros que estaba resuelto á tener siempre entrada libre entre ellos.

En el interior de las provincias su administración era hábil y benéfica: los cristianos no eran molestados, y en 310 hubo de festejar dignamente sus *quinquenalias*, condonan-

do á los pueblos de su gobierno los atrasos, *reiqua*, debidos por razón de impuestos desde su advenimiento. Eumenes le había dicho: «Las tierras no rinden ya lo que cuestan, y sus cultivadores cansados de trabajar en vano, tienen que abandonarlas.» A instancias del orador eduo, redujo de 32.000 á 25.000 las unidades impondibles en el territorio de Autun, *capita*, lo que equivalía á una rebaja de casi la cuarta parte de la contribución territorial. Lo mismo debió de hacer en otras ciudades, porque el éxito que había tenido la solicitud de Eumenes, excitó sin duda el estro de los retóricos hechos en las *escuelas Menianas* (1).

En Tréveris levantó las murallas, construyó un circo, basílicas, un foro, un pretorio; liberalidades que halagaban al pueblo y le proporcionaban trabajo, pero que hubieron de completarse con otras generosidades financieras.

En Italia, al contrario, Majencio parece haber recordado á los tiranos de los peores tiempos. El vencido de Constantino es acusado por los cortesanos del vencedor de ser víctima de todos los vicios: libertinaje, violencia, crueldad; y no tenemos motivos para no creerlos, puesto que paganos como Zósimo, Eutropio y Víctor lo condenan igualmente, y Juliano lo excluye del banquete de los Césares. Reprimió duramente la rebelión de la diócesis de Africa: Alejandro fué estrangulado (311); Cartago y Cirta fueron entradas á saco, ejecutados muchos ciudadanos y en mayor

(1) Nombre de las escuelas de Autun dirigidas por Eumenes.